

Muchas escuelas se dicen católicas en España. No estaría mal que recordaran la declaración del Concilio Vaticano II sobre educación. Fue hace 50 años, un 28 de octubre de 1965 y no sólo se habló en cristiano. A los de la LOMCE les hubiera venido bien leerla

El Vaticano II aún enseña algo sobre educación

José Luis Corzo

La Iglesia sabe mucho de educación, antes y después de que la primera escuela pública y gratuita de Europa la fundase san José de Calasanz en la Roma de 1597 y de que muchos otros – como don Bosco en el XIX y don Milani en el XX – renovaran las escuelas. Por eso debería haber sido un tema fácil en un concilio con más de dos mil obispos de todo el mundo (de 1962 a 1965).

Pero no lo fue en absoluto; las discrepancias fueron muchas y esta breve declaración estuvo a punto de no salir aprobada, tras ocho borradores previos. ¿Por qué? Porque...

- la cuestión escolar era muy distinta en unos países y otros. No tenía sentido recomendar escuelas católicas donde no las había ni las querían, como en países laicos – Francia, México... – o donde los estados no la financiaban – la misma Italia o países pobres – y serían escuelas sólo para ricos.
- La teoría para defender la presencia de los cristianos en la educación estaba muy dividida: en un extremo, quienes la consideraban ajena a la Iglesia – una vez que los estados cargan con la educación – y preferían recomendar la catequesis en su propio terreno, parroquias etc. En el otro extremo, quienes pensaban que la única educación integral era la católica (o religiosa), y a ella tenían fácil acceso las mayorías católicas de países como España.

De ahí que el punto crucial fuera de auténtica *Teología de la educación*: ¿por qué se interesa la Iglesia por lo educativo? ¿Acaso para enrocarse con sus fieles en una supuesta sociedad cristiana? Eso valía para

la cristiandad de Constantino. O bien, ¿para hacer proselitismo en tiempos de increencia y protegerse de los ateos? Eso no respetaba la secularidad y autonomía de lo mundano, como quiso el propio concilio. O bien, ¿para realizar la obra de caridad de enseñar al que no sabe? (los pobres, en definitiva). Eso parecía poco, puro asistencialismo subsidiario y paternalista(1). Había que estudiar muy bien el Evangelio para responder.

Y también, había que definir antes la educación y la misión de las escuelas. El Concilio lo hizo todavía mejor, al considerar la educación como maduración de la persona ¡y de todas las personas del universo! No algo ideológico que uno da y otro recibe, ni se impone; a madurar sólo se ayuda. El concilio se aferró a esa educación humana y no abogó por ninguna otra más integral: Cristo asumió íntegro todo lo humano de cualquier raza y religión.

Cada pueblo (y cada familia) – sin escuela y hasta con ella – tiene su cultura y su maduración (y también el pueblo de Dios, como se autodenominó la Iglesia), porque, aunque tímido, el documento distingue bien entre educación y enseñanza: una es ambiental, comunitaria y, la otra, propia del mejor lugar de aprendizaje, la escuela, puede colaborar a la educación, sin suplirla.

Así que la Iglesia tiene dos tareas pedagógicas: favorecer – fuera y dentro de las escuelas – la educación humana; y, dos, la educación de la comunidad cristiana. Sin duda, unos y otros pueden mezclarse en la misma escuela, si respeta las creencias y ambientes de cada grupo y cada familia. Allí pueden estudiar juntos el mundo ¡y con espíritu crítico!, pero cada uno responderá a los desafíos colectivos y personales según su

e

l

e

j

e

cultura matriz (así maduramos, nos educamos); y, los cristianos, según el Evangelio de Jesús..., está claro. En todas partes.

El Concilio, como es natural, acentúa el deber de los padres católicos y de toda la Iglesia con sus hijos: que maduren – se eduquen – en la fe cristiana; pero no olvida ser *levadura* de humanidad en la masa entera y lamenta que la pura instrucción escolar les falte a tantos (aún hoy, en plena era del conocimiento). De ahí la gran sorpresa del nº 9: exige que *pobres, huérfanos y alejados* sean los preferidos de toda escuela católica. No por caridad, sino por humanidad: en la escuela madura el espíritu crítico, la profesión y la cultura y, sobre todo, la amistad intercultural e interreligiosa entre todos los pueblos. Eso rompe un modelo escolar sólo para católicos.

No obstante, las discrepancias brotaron a cada paso por esos difíciles matices y se equiparaba educar y enseñar, como si ambas fuesen la misma transmisión de maestro a alumno. A ratos, el texto parecía disputar con el Estado obligaciones y derechos, o negarle su competencia. En la prensa francesa se dijo: “Nada ha cambiado, el texto es muy claro: la escuela laica (la no confesional ni comprometida con un credo) sigue siendo la escuela del diablo. El ideal es la creación en cada ciudad y barrio, de escuelas católicas (= libres y dependientes jurídicamente de la Iglesia) en competencia con la escuela pública”. Exageraba, pero así parecen haberlo entendido muchos católicos.

¹ Milani introdujo un matiz teológico importante al optar por los pobres: nos importan porque sabrán construir una humanidad mejor y más cristiana que la nuestra, tan egoísta.

